

# **EL FILO DE LA MEMORIA**

**Bernardo Claros**

**EL FILO DE LA MEMORIA**

  
**ESDRÚJULA**  
EDICIONES

{COLECCIÓN SÍSTOLE}

Primera edición, abril 2025

© Bernardo Claros, 2025

© Esdrújula Ediciones, 2025

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

[www.esdrujula.es](http://www.esdrujula.es)

[info@esdrujula.es](mailto:info@esdrujula.es)

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Maquetación: Ana María Galindo

Diseño de portada: Anabel Castaño Serrano

Impresión: Centro Gráfico Digital

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 577-2025

ISBN: 979-13-990290-7-9

Impreso en España · Printed in Spain

# El filo de la memoria

I

# **PREGUNTAS INCÓMODAS**

Cuando murió mi abuela, me quedé huérfana. Yo no entendía que la gente fuese a trabajar como cualquier otro día, que los coches circularan con normalidad, que los semáforos siguiesen funcionando y redoblasen las campanas de la iglesia, o que el mundo no se detuviera de repente y se pusiera a llorar desconsolado. No comprendía por qué los pájaros cantaban indiferentes en sus ramas, cómo era posible que el sol alumbrase con la misma intensidad de cada mañana y que los niños jugaran y rieran felices en los parques como si nada hubiera sucedido. Quería gritarles, increparles, decirles que dejaran de hacer lo que quiera que hiciesen, que abandonasen toda esperanza, y obligarles a sentir mi pérdida como si fuera de todos. Mi vida se derrumbó de golpe y no podía creer que nadie más se diese cuenta de la terrible tragedia que acababa de ocurrirnos.

Nadie me dijo que aquello sucedería, y si lo hubieran hecho tampoco lo habría creído. No me explicaron lo que ocurriría ni me prepararon para lo que vendría después. Me molestó muchísimo que nunca me hubieran hablado de esas cosas, que nadie me dijera que nada es eterno y que llega un momento

en que las personas se marchan de tu vida para siempre, no necesariamente con la muerte. Un día desaparecen de repente y te dejan tan solo su recuerdo insuficiente y una profunda sensación de abandono que hace que tu mundo se desmorone por completo.

Recuerdo que había mucha gente en casa. Conservo esa escena en mi memoria con tanta nitidez que cierro los ojos y es como si estuviera allí ahora mismo: los hombres, en silencio y con semblante serio, en una habitación; las mujeres, murmurando y suspirando ruidosas, en otra, como dos maneras diferentes de entender la muerte, dos mundos opuestos, inaccesibles el uno al otro. Ellos estrechan las manos con sobriedad y firmeza, ellas lloran de forma exagerada y emiten de vez en cuando un lamento, repitiendo frases hechas: «No somos nadie», «le ha llegado su hora», «con lo buena que era», «ya está descansando», que alternan con anécdotas de su vida y cotilleos de los vecinos que logran arrancar alguna sonrisa nerviosa. Pasan de la comedia al drama con facilidad, como acostumbran a hacer en su día a día. Lloran y ríen por igual, en un claro ejemplo de lo que supone la vida en este pueblo.

El cuerpo de mi abuela yace en la sala pequeña de la entrada, expuesto como una reliquia sagrada a los ojos impúdicos de curiosos insolentes, en una penumbra apenas iluminada por dos imponentes cirios que custodian el féretro como centinelas del más allá. No pude quitarme esa imagen de la cabeza durante muchos años que se volvió recurrente en mis pesadillas. Pienso que a ella no le gustaría que la vieran así, tan pudorosa y discreta como siempre fue. Lo considero una intromisión intolerable en su intimidad que no soporto. Hay muchos desconocidos entrando y saliendo

de casa y yo solo quiero que se vayan todos de una vez y nos dejen descansar en paz, pero no me atrevo a abrir la boca, incapaz de comprender lo que ocurre a mi alrededor.

—¿Quién es toda esta gente? —le pregunto a mi madre—. ¿Y qué está haciendo en casa?

—Son amigos de la familia y vecinos. Han venido a despedirse de la abuela. Anda, entra tú también a verla y dale un beso de despedida.

Entonces yo, sobrepasada por el miedo más que por la pena, le digo que no y salgo de allí corriendo. No estoy preparada para despedirme de nadie y mucho menos de mi abuela. Pienso que a ella no le habría gustado que lo hiciera. Se murió de repente, sin previo aviso, como hacía todas las cosas, evitando que pudiéramos despedirnos, pues detestaba las despedidas y las escenas lacrimógenas. «Cuando me muera, que me quemen y me tiren al váter», solía decir cuando alguien hablaba de la muerte en su presencia, ante las protestas de mi madre: «Qué cosas dices, mamá». Así que no quise acercarme a aquel cuerpo que reposaba en la salita, pues tenía claro que aquella siniestra figura no era ni mucho menos mi abuela.

A la mañana siguiente me llevaron a la iglesia. Una fila interminable de extraños pasó por delante, dándome el pésame sin que yo entendiera lo que estaba pasando. Tenía doce años y era el primer funeral al que asistía, por lo que me parecía estar inmersa en una pesadilla de la que estaba convencida de que en cualquier momento despertaría en mi cama. Recuerdo que albergué esa esperanza durante mucho tiempo, por ilógica que fuera. He tenido esa misma sensación de irrealidad a lo largo de mi vida cada vez que ocurría algo irremediable que me negaba a aceptar, aferrándome a la idea de estar viviendo